

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO

Sábado 24 de mayo de 1856.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 24 DE MAYO.

Es curioso observar los constantes y desesperados esfuerzos, que los periódicos progresistas hacen para desacreditar a la oposición del partido moderado. La violencia del lenguaje con que se expresan; la ceguera con que formulan sin pruebas las acusaciones mas injustas y mas absurdas; la tenaz repetición con que están siempre recitándonos dos ó tres temas escasamente variados, son la primera y mas clara demostración, ya de que los ataques de la oposición moderada les hacen daño y les inspiran temores, ya de que carecen de buenos argumentos con que contestar á esos ataques, ya de que sienten que el fallo del público les es adverso, y ya por último de que la situación actual es tan desastrosa que sus mismos amigos e interesados no aciertan á decir cosa formal en su defensa.

Si la oposición moderada fuese tan impotente como los órganos del progresismo pretenden, no enderezarian contra ella tantas y tan apasionadas declamaciones. Si no les inspirase algun cuidado, no la tendrían tan presente en su imaginación y en sus tareas periodísticas. Si el partido moderado estuviese tan incapacitado para aspirar al poder, como ellos afectan creer, no tendrían tanto empeño en alejarlo por medio del continuo empleo de sus injustas diatribas. Cuando se lucha con un cadáver, tanta saña no puede ser duradera.

Cada vez que leemos un artículo de la prensa progresista, de esos en que, dejando de un lado las cuestiones importantes al país, y las formas ordinarias y concretas de una discusión, templada y razonadora, se acumulan dictámenes sobre dictámenes contra un partido grande y respetable, lamentamos el implacable furor de que consisten en ser juguetes nuestros contrarios, influidos por la presión que sobre ellos ejerce el triste espectáculo de los desastres, que están causando al país, y el desvío manifiesto de la opinión pública; pero al mismo tiempo nos felicitamos considerando que cada uno de esos locos ataques, que la pasión nos dirige, es una prueba mas de la escasez de nuestras doctrinas, de la eficacia de la oposición hecha en nombre de los principios conservadores, y de la impotencia á que se sienten reducidos un partido, y unas teorías, que solo han sido fecundas hasta ahora, y que solo pueden ser en adelante fecundas en males y desastres.

El *Clamór Público*, que compete con sus colegas del progresismo en su ofensiva contra todo lo que huele á conservador, nos obsequia en su último número con una de esas filípicas ardientes, en que con un buen gusto, y una sal ática, que no le envidiamos, califica de *insidiosa*, y de no sabemos cuántas otras cosas por el estilo la conducta de los moderados. El tema de su artículo, y del que toma pretexto para sus arremetidas contra sus adversarios políticos, es la consabida sintonía unánime de los dos capitanes generales, que presiden *in solidum* el gabinete actual; tema que ha producido ya un gasto enorme de tinta á las máquinas de los periódicos progresistas, y que amenaza producirles todavía mucho mas, porque se hallan, respecto de él, lo mismo próximamente que el primer día. Poca confianza deben abrigar, pocas ilusiones deben de hacerse acerca de los resultados que en obtenido en este particular sus trabajos, cuando sin cesar se creen en la precisión de repetirlo.

A nosotros nos parece, dejando á salvo las intenciones del *Clamór*, que su artículo de ayer mas se dirige al general O'Donnell que á los moderados; mas interés pone en persuadir al Conde de Lucena de que no debe continuar en el partido á que siempre perteneció, y al que no sabemos si pertenece todavía, que en convencer al público de que los moderados tienen *insidiosa*

conducta respecto del actual Ministro de la Guerra. Los recuerdos de algunos hechos, á los que el *Clamór* atribuye el poder de haber separado para siempre del partido moderado al general O'Donnell; la formalidad, con que asegura que los moderados se proponen *despedazar* al Conde de Lucena en el día de las venganzas; el aplomo admirable con que afirma que una inicu sentencia de muerte está firmada ya contra O'Donnell en los conciliábulos reaccionarios; y la insistencia con que profetiza que las primeras víctimas sacrificadas á los rencores del agio, y á la cobardía villana de la dictadura serán el Sr. O'Donnell, y los generales de Vicalvaro, dan al artículo del *Clamór* todo el aire de ser mas que otra cosa un consejo dirigido al Ministro de la Guerra para que siga contribuyendo al sosten de la situación; una súplica para que no desampare á los que tanto necesitan de él; un conato de persuasión para que ligue irrevocablemente su causa á la del caduco progresismo. Puede darse mayor prueba de que tampoco el *Clamór* tiene una plena confianza en la fortísima e indisoluble unión de los dos hombres indispensables de la situación progresista?

El *Clamór* confiesa al mismo tiempo que la táctica maquiavélica es infame de los moderados no ha dejado de producir algun efecto, y en su consecuencia se dirige, para contrariarla, á todo el partido progresista con el objeto de que no se deje sorprender, y no dude de la sinceridad de la unión de los dos generales. ¿Qué quiere decir esto? El partido progresista duda de esa sinceridad, y necesita que nuestro colega lo tranquilice. ¿Con qué esas tenemos: ¿Con que no reina la confianza (según propia confesión del *Clamór*) en los reales de los hombres que hoy gobiernan?

Pero suponemos que la tranquilidad se restablecerá inmediatamente en ellos, en cuanto oigan al *Clamór* decir que el *Clamór* medita también bastante sobre la situación actual, y sobre los hombres que la sostienen, y que, por resultado de esas sus meditaciones, no vacila en encarecer y recomendar como necesaria, conveniente y útil para el partido progresista la unión de los dos generales.

También nosotros somos en esto de la opinión del *Clamór*. También nosotros creemos que el general O'Donnell es un firme apoyo de la situación, tan firme que sin él se habría desmoronado ya cien veces. También opinamos que la unión del conde de Lucena con el duque de la Victoria es conveniente, y hasta necesaria para los progresistas. Pero como al mismo tiempo no podemos desconocer, que es un absurdo esa unión, resulta probado por las mismas palabras del *Clamór* que la situación actual descansa sobre un absurdo; resulta probado por lo mismo que hacemos bien en combatirla, y que hacemos bien en esperar que, para bien del país, no será duradera.

Un asunto de gran importancia, porque atañe al honor español indignamente ultrajado, se llevó ayer á las Cortes. Al comenzar la sesión se dió cuenta de una proposición suscrita por los señores Codorniu, Gomez de la Mata, Godinez de Paz, Otero y Fuentes, pidiendo á las Cortes se sirviesen declarar que ofrecían su mas sincero y leal apoyo al gobierno para que este haga respetar los derechos de los españoles residentes en Méjico, hollados con motivo del no cumplimiento de un artículo de los tratados internacionales sobre pago de deudas contraídas por aquel gobierno.

El Sr. Codorniu se levantó á apoyar esta proposición y lo hizo fundándose en las noticias oficiales que anteriormente se tenían sobre la desleal conducta del gobierno mejicano, y en los confidentiales que dijo acababa de recibir, y que daban á la cuestión un carácter gravísimo, puesto que segun ellas, el gobierno presidido por

Conmofort no solamente se niega á satisfacer las sagradas deudas que tiene contraídas con nuestros compatriotas, sino que se ha presentado al congreso mejicano una proposición para que los créditos sean de nuevo revisados, y lo que es mas injusto, mas inconcebible, mas irritante aun, se ha procedido al embargo de los acreedores por el valor de los créditos.

El Sr. Codorniu calificó este inaudito proceder con la dureza que se merece, y concluyó encareciendo la absoluta necesidad de que el gobierno con el apoyo de las Cortes tome medidas energéticas que hagan respetar los intereses españoles en esa república, donde un puñado de traficantes están hollando los intereses mas legítimos y sagrados y comprometiendo el honor y la lealtad del pueblo mejicano á quien sería una grave injusticia confundir con los que hoy le gobiernan.

El Sr. ministro de la Gobernación manifestó que el gobierno se adhería completamente á la proposición del Sr. Codorniu, y pasó á hacer una reseña de la conducta del gobierno español en aquel desdichado asunto. De esta reseña, que está conforme con nuestras noticias, resulta:—que efectivamente el gobierno mejicano, faltando de una manera inaudita á los tratados internacionales, ha causado y está causando gravísimos perjuicios á los españoles residentes en Méjico;—que el gobierno español así que tuvo la primera noticia de semejante proceder, ordenó al capitán general de Cuba que mandase inmediatamente al golfo mejicano todos los buques de guerra de que pudiese disponer, para demostrar al gobierno mejicano que el español no mira con indiferencia las ofensas inferidas á sus súbditos; que después se han sabido aunque no oficialmente las demas tropelías denunciadas por el Sr. Codorniu y que sin perder momento se han dado las órdenes mas terminantes para que cuantos buques de guerra haya dispuestos vayan á Cuba á pertrecharse militarmente y se dirijan en seguida al golfo de Méjico.

El Sr. Escosura terminó su discurso diciendo que si la república mejicana, contra lo que no es de esperar, insiste en no cumplir sus tratados; nuestro gobierno tomará sus medidas y cumpliendo un deber sagrado exigirá al presidente Conmofort estrecha cuenta de sus actos, haciéndole ver que no se insulta impunemente al pabellón español.

El Sr. Ulloa corroboró las noticias dadas por los señores Codorniu y Escosura y reclamó energicamente que se procediese ya sin miramiento alguno contra el gobierno que tan indignamente se está burlando de los tratados internacionales. La proposición se aprobó por unanimidad y no era de esperar otra cosa de la justicia en que se fundaba.

Aplaudimos sinceramente la conducta de las Cortes en esta cuestión que felizmente no es de partidos y si solo de honor nacional. Y la aplaudimos doblemente cuanto que sabemos que las promesas hechas ayer por el gobierno eran sinceras, cuanto que tenemos entendido que el gobierno está resuelto á hacer que nuestros buques bombardeen los puertos de la república mejicana y si es necesario desembarcar en ellos un respetable ejército que venga cumplidamente los inmensos ultrajes que hace tiempo están sufriendo nuestros compatriotas residentes en Méjico.

Si así no lo hiciera nuestro gobierno, se mostraría débil con esa revuelta república que tan ingratamente muestra con el pueblo que llevó á ella la antorcha de la fe y la civilización y que tan generosa y leal se le ha mostrado siempre, tendríamos que resignarnos á que mañana se burlaran de nosotros hasta la república de Andorra y la de San Mauricio.

Repetidas veces han acudido los habitantes de Méjico, adictos en su inmensa mayoría á la madre España, á nuestras autoridades de Cuba, ro-

gándoles que tomasen bajo su protectorado aquel territorio, y las autoridades españolas, leales siempre y consecuentes con las naciones amigas, se han negado noblemente á ello. Y he aquí como los flamantes dominadores de Méjico corresponden á la lealtad de España!

Secuestre el presidente Conmofort los bienes de la iglesia mejicana, destierre á los ciudadanos mas ilustres y honrados de la república, profane la libertad invocándola, haga el Estado patrimonio de algunos centenares de audaces aventureros; pero respete el derecho de gentes y la fe de los tratados. El gobierno español puede proceder con mas ó menos justicia, con mas ó menos acierto en los asuntos interiores, pero cumple religiosamente sus deberes para con las naciones amigas.

La historia de las relaciones de España con Méjico, es demasiado conocida y constituye hasta cierto punto un grave cargo contra la madre patria por la lenidad, la benevolencia y la consideración escasa con que constantemente ha procedido en las repetidas ocasiones de queja que ha tenido con aquel país, que un tiempo formó parte del reino.

Si en Méjico queda todavía algun resto de los sentimientos de hidalguía y noble correspondencia que se creyó ver olvidados cuando las hordas anglo-americanas invadieron su territorio, y se apoderaron de su mas rica extensión, no deben dar lugar con su olvido de los mas obvios principios de derecho á que España tenga que emplear medios coercitivos de que en casos que interesan á su decoro puede disponer fácil y profusamente, para hacer que entren por fuerza en razón los que diegan con los furros de la anarquía llevan al último extremo la falta que con nosotros habian cometido ya antes de ahora.

En medio de las decepciones interiores que todos los días amargan nuestra existencia, nos consuela el contemplar como en estos instantes de prueba la voz del patriotismo se levanta unánime para que se respete la dignidad nacional, y para que el nombre español sea tan respetado hoy como temido fué en tiempos cuya grandeza vive en nuestra memoria, y cuyo poder anima aun nuestros corazones.

El resto de la sesión de ayer se invirtió en la discusión pendiente desde el día anterior, del proyecto de ley relativo á la línea férrea de Málaga, y en la del que se refiere á la de Madrid á la frontera de Portugal.

Aprobado el artículo 1.º, la comisión retiró los restantes para modificarlos.

Las Cortes desecharon la enmienda para que el ferrocarril de Madrid á Sevilla vaya por Toledo y Estremadura, y otra para que de Sección llamas parta un ramal que se dirija á Ciudad Real, y de esta ciudad vaya por el valle del Guadiana á terminar en Mérida.

El desenlace que en diverso sentido se anuncia á la crisis ministerial, y las incessantes intrigas que se cruzan por parte de los que no quieren ser salientes y de los que aspiran á ser entrantes sirven de tema á las conversaciones de los círculos políticos, animados é inquietos como nunca lo estuvieron.

Coincide con este movimiento de la situación, el que se advierte en las dos fracciones parlamentarias que se disputan el predominio y la influencia en la marcha del poder, el cual á favor de las encontradas pretensiones de unos y otros consigue ir prolongando su combatida existencia.

Mientras tanto los gravísimos sucesos que han originado algunas de las grandes dificultades que determinan la crisis, no se explican por nadie y los pueblos manifiestan gran descontento de que no se satisfaga la curiosidad pública, ni se salga de las condiciones arbitrarias y violentas que se di-

latan sin ningun resultado útil ni por último, se dé señales de que se trata de volver al estado normal del sistema representativo, observando sus fáciles y naturales prácticas.

Las consecuencias de tanto desorden se sienten cada día mas tristemente, y á fuerza de apurar la paciencia pública y de comprometer los intereses generales con los equilibrios de este fatal estacionamiento, llegará el instante en que los pueblos, por un deber de patriotismo y por su amor á la justicia y á la libertad, entren con resolución en el goce de unas ventajas á las que tienen derecho y de las que se ven privados solo á causa de la mezquina política de egoísmo y compadrazgo que ahora impera.

Hoy que la cuestión de subsistencia preocupa todos los ánimos, debemos publicar las siguientes cartas que en pocas líneas resumen el estado del mercado de cereales en muchos pueblos, del granero de España:

PALENCIA 16.—Sigue el alza de los cereales. Precio corriente hoy aquí 46 rs. fanega de trigo. Compras hechas en Campos 45 y 2 de porte 47; cebada 28 rs. fanega. El vino tambien ha tomado favor. Algunas fábricas se cierran y otras se disponen á hacerlo porque sale la harina á los dueños á 19 rs. á pie de ella. A mucho correr gran parada.

Esta día, y cada hora, se alarma y alborota mas este país con respecto á los precios de trigo.

TORRE MONROY.—«Esto se pone muy malo. Ha habido pueblo en que no hemos encontrado cinco comedores sin que ninguno haya hecho (comprado una fanega, á pesar de pagarlo á 9 duros y pesa las cuatro fanegas), y trigo mediano y mojado, y ya no quieren menos de 10 duros.»

PAREDES DE NAVA.—«Los precios en esta son de 9 duros la carga (4 fanegas), sin compromiso de peso; y pesara 90 libras á lo sumo, porque hay mucho mojado, y si se quiere comprar es preciso no fijar precio, sino á como se pueda, porque de una hora á otra hay variedad en los precios.»

CESNOS.—«Me canso de correr los pueblos y nada he hecho. Hoy no se desea saber otra cosa que saber quien vende una partida para ir y cogérselo. Se del modo que quiera. Ya no quieren menos de 190 rs., pero lo que quiera, porque todo está mojado.»

FUENTES DE NAVA.—«Aquí compra fulano de tal á 150 rs. la carga, y hace muy poco, y sin peso, pues los labradores quieren á 10 duros, porque hay aquí un burllo de compradores que entran y salen como frenéticos.»

AMERICA.—«Aquí lo pagan á 9 duros uno de Villamiel de Campos. (Cuesta 8 rs. carga situaria á bordo del Canal), y lo peor es que no se hace nada, porque cuanto mas se les paga á los labradores, quieren mas, y nunca se cansan. Yo habia comprado 100 fanegas en Montalegre, y di 50 napones en señal, y ha tenido la infamia de negarme la señal.»

CASTROMOCHO.—«Los labradores se rien, y cuando mas les ofrecen, mas se niegan á vender. A 150 lo han pagado ya aquí, y á 186 en San Roman. Estamos ya muy espuestos, pues nos insultan los braceros y nos llaman picones.»

REINOSA 5.—«No me determino á esperar á junio para recibir en Alar el trigo que me ofrece, porque la subida es imposible que continúe por razones que no se ocultan al buen criterio de Vd.»

VALTANOL 17.—«Cada día que pasa se ve subir el precio del trigo un real en fanega, y la concurrencia al mercado nula; ayer y hoy se está pagando al detall á 47 rs. fanega de 92 libras, y de este precio poco ó nada disminuirá hasta la recolección. Las fábricas de harinas han suspendido sus faenas.»

Después de las importantes conferencias del congreso de los diplomáticos celebrado en Paris y que proporcionó á Europa el anhelado bien de la paz, el deseo que sea sólida y duradera flaque que se fije la atención general en el estado de Italia, que es de donde, sino se procede con firmeza y prevision, pueden surgir nuevas y trascendentales conmociones. He aquí lo que sobre el particular dice el último

Despacho particular de la *Gaceta de Madrid*.—Pais 22 de mayo de 1856.—Malta 15.—El gobernador ha publicado una proclama, con lo que se ha calmado la efervescencia que habia.

El *Morning-Post* del 21 publica un artículo sobre la cuestión de Italia. Dice que la declaración de Mr. Disraeli sobre la espresada cuestión, significa que el gobierno no hace nada de lo que le toca en el particular. Añade que espera, y cuando llegue el caso de obrar sabrá cumplir con su deber.

—De veras! dijo Raimundo con un aire estúpido.

—Vosotros, los nobles caballeros de Versalles, no creéis que las mujeres sean capaces de amar á sus maridos.

—Por qué no han de amarlos? al contrario.

Raimundo no encontraba palabras, y decía lo primero que se le ocurría.

—Hace algunos días que parecia bastante feliz, dijo Vandrusen y ese maldito mensajero no pudo elegir peor momento.

—Estaba regando las flores, dijo el conde maquiavélicamente.

—Qué decís? Qué regaba flores? dijo Vandrusen asombrado.

—Es decir... me parece que estaria haciendo eso... segun su costumbre, se ocupaba por las mañanas de las flores.

—Pues no sucedió así. Estaba durmiendo, y al despertar encontré en la cabecera un carta... la abre... la lee... era una carta de Surcouf en que le anunciaba un poco secamente la muerte de su marido; los marinos no tienen miramientos con nadie... Dió un grito horrible y cayó sin conocimiento. Las mujeres fueron corriendo á prestarle los auxilios que su estado reclamaba; pobre viuda! Desde entonces casi no sale de su habitación... Unicamente hoy ha salido á comer con nosotros... Esperamos que recobrará sus fuerzas y su hermosura, porque ha perdido aquella frescura que encantaba. Verdad es que á su edad se gana en tres días lo que se ha perdido... Pero estais mirando, Raimundo como si os contase una fábula.

—Si, interrumpió Raimundo... no lo he comprendido bien... esa carta en la cabecera...

—Llegaron pues. Vandrusen y Raimundo se abrazaron fraternalmente y mientras que Alban Revest, las dos jóvenes malayas y su padre se ocupaban en desembarcar los fardos regalados por Surcouf, Raimundo pedía noticias de todos sus amigos, y luego que acabó la lista, dijo con voz conmovida que se esforzaba porque fuese firme:

—Y la señora condesa Despremonts? volvería á verla con mucho placer.

—Pobre mujer! dijo Vandrusen; si vierais cuanto ha sufrido!

El conde no pudo reprimir un movimiento, y como Vandrusen no decía nada mas y se contentaban con menear la cabeza, añadió Raimundo:

—Ha sufrido mucho decís? Perdonad, Vandrusen, soy un recién llegado... y de que ha padecido?

—Bah! pues que no sabeis la noticia?

El conde miró con desmesurados ojos á Vandrusen.

—¿Qué no sabeis la noticia? continuó Vandrusen, el Sr. Despremonts ha muerto en Timor entre los salvajes.

—Ya lo sé, contestó Raimundo, con una emoción de que él no hubiera podido darse cuenta.

—Pues entonces, porque me preguntais porque ha sufrido la viuda?

—Si... justamente... Es que no se me ocurría... dijo el conde como si estuviera herido de un vértigo.

—Esta mujer, repuso Vandrusen sin observar la agitación del conde, esta mujer amaba á su marido, y le amaba mucho... ahora lo hemos conocido todos. Conservaba la esperanza de reunirse con él, cuando una mañana recibió una carta del valiente Surcouf, que fué como si hubiera caído un rayo á sus pies... Es imposible que hayais visto un dolor semejante.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LOS CONDENADOS DE JAVA.

POR MERY.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

—No os engañéis, dijo Surcouf, es el cabo del Amor.

—Tiene ese nombre en el mapa? preguntó el conde con voz conmovida.

—Le llevará; se corrigen los nombres. Los primeros padrones son por lo general estúpidos. Se empeñaron en llamar al cabo estrecho de Africa el *cabo de las tentaciones*, cosa que no deja de ser muy tranquilizadora para los marinos. Llega después un marino de buen sentido, que suprime esta atroz denominación, y la reemplaza con la de *cabo de buena esperanza*. Este pronuntorio que estais mirando se llamaba ayer el *cabo del deguello*; pero hoy ha cambiado de nombre.

—Ah! dijo Raimundo enternecido, jamás hay fortuna completa en el mundo.

—Ambicioso! dijo Surcouf, qué os falta para ir al paraíso?

—Voy á separarme de vos, respondió tristemente Raimundo.

—Bah! se pasa la vida despidiéndose. No hay mas que el último terrible; pero este está muy lejos; conozco que tengo vida lo menos para cuarenta años.

—Temo mucho esta noche... dijo el conde.

—No se ha visto que nadie tenga la felicidad.

—La felicidad!... si no se perdiérase nunca!

—Querido amigo, dijo Surcouf con una firmeza prestada, estamos rodeados de festigos estranos y de prisioneros; no nos separemos como jóvenes colegiales rubias que van al convento como es necesario sostener el honor del pabellón. A dios, querido conde, hasta cuando Dios quiera.

—Adios! dijo Raimundo afirmándose en sus pies. Ruego á Dios que sea pronto.

Alban Revest que observaba de cerca esta escena se pesó y dijo á Surcouf:

—Yo no tengo que hacer nada aquí; permitirme, capitán, que siga al conde Raimundo.

—Sin tomar parte en la presa? dijo Surcouf.

—Mirad, repuso Alban, hay al pie del mástil tendida una pobre mujer que va á buscar á su marido á Batavia; dadle mi parte de presa. Yo, con una caña de pescar y una escopeta puedo vivir en todas partes como un rey.

—Eres un buen muchacho, aunque muy perezoso, dijo Surcouf; se hará como lo demas. Pero date prisa, el conde Clavieres baja la escala... Oye, al pasad, acercaos al *Breton* y tomad las dos jóvenes malayas y su padre; es un refuerzo para la colonia.

Estrechó Surcouf la mano de Alban, y se puso de codos en la baranda del buque para despedirse de Raimundo.

XIV.

La lancha *Aurora*, dirigida por Alban, llegaba al golfo de Samarang una hora antes de ponerse el sol. La suave sombra de la noche cubrió la mar, cerca de la costa; hasta se veia, bajo las montañas, las aguas dormidas y cubiertas de tintas crepusculares cuya fres-

